

EDUARDO DE AGÜERO: *El pensamiento filosófico-religioso de Unamuno*. Nueva York, The American Press, 1968.

El autor se esfuerza por exponer las ideas centrales de Unamuno en torno, sobre todo, de los grandes problemas trascendentales de la fe religiosa: la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, el pecado, la muerte espiritual, etc., tratando de fijar en cada caso la postura básica de Unamuno. El esfuerzo es sincero y bien intencionado: se ve que el autor ha obrado, a diferencia de muchos, con perfecta buena fe. Pero ni la buena fe ni la buena voluntad bastan: el libro sencillamente no cumple con lo que promete, no está a altura del pensamiento unamuniano. La mayoría de los epígrafes del libro suponen una pregunta, por ejemplo, "¿Creía Unamuno en la existencia del alma?", "¿Habrá otra vida?", etc. Dado el carácter antidogmático y escéptico del pensamiento de Unamuno, es de todo punto inútil esforzarse por encontrar alguna solución o contestación definitiva en Unamuno. El propio Unamuno abominaba de tales soluciones. Desde luego: no las hay ni en la obra de don Miguel ni en el libro de Agüero. Unamuno no se rinde a un ataque de frente. Para acercarse al gran *concitator Hispaniae* hace falta, sencillamente colocarse en su mundo espiritual, esto es, familiarizarse al máximo con los orígenes y puntos de arranque de su pensamiento y luego, paciente y concienzudamente, ir siguiendo la pista del desarrollo cronológico de estas ideas germinales a través de su obra. Agüero ha querido plantearle a Unamuno preguntas de tal naturaleza que, o tienen que contestarse dogmáticamente desde algún punto de vista, sea el que fuese, o deben rechazarse por ser, como quiso dar a entender el propio Unamuno en su *Del sentimiento trágico de la vida*, pseudoproblemas, problemas puramente verbales, que admiten sólo una solución puramente verbal, su libro pierde coherencia y él divaga. A veces se contradice: en la página 86 afirma que Unamuno creía en Dios. "Aceptaba incondicionalmente su existencia", pero luego, casi a la vuelta de la página se le ocurre decir que "a pesar de ese anhelo de Dios don Miguel no encontró a ese Dios que le calmara su sed de inmortalidad" (p. 91), y antes, en la página 24, ha dicho que "está ahora claro en nuestra mente por qué Unamuno nunca creyó en Dios", agregando, por otra parte, una frase, cuyo sentido en ninguna parte se explica: "...creyó sólo lo que quiso creer, y no creyó lo que no quiso querer creer". En otro momento, sostiene que "sin miedo a errar puede afirmarse que Unamuno era cristiano, porque aceptaba no sólo que nuestro Señor Jesucristo pudiera redimir al hombre de pecado, sino también que el pecado de Adán ha pasado a todos (p. 50). Para ello se funda en un pasaje del poema *El Cristo de Velázquez*, en el que Unamuno se refiere sólo al "error del nacimiento", lo cual, dado el carácter deliberadamente estético del poema, por un lado, y la índole conscientemente simbólico del lenguaje de Unamuno, que es muchas veces una especie de cripto-lenguaje, inteligible

sóla para quienes conocen las claves íntimas de su pensamiento, podría significar cualquier cosa menos el dogma del pecado original, como, por ejemplo, la idea de que la vida humana es un error porque está condenada a desembocar en la nada. En todo caso, en la página 54, tras decir que “entendía el sentido cristiano del pecado, pero no aceptó la solución que el cristianismo receta”, sigue diciendo que se sintió culpable porque el cristianismo la hacía sentirse culpable, pero su culpabilidad no era sincera... Su aceptación de la culpa le fue impuesta. No creo —agrega—, sin embargo, que aceptara culpabilidad por el pecado original”. En fin, ¿en qué quedamos? En la página 107 confiesa que “el pensamiento de Unamuno es muy difícil de descifrar”, y pasa a afirmar que “su obra es necesario analizarla con una mente abierta, libre de prejuicios...”. Lo último es, sin duda, verdad. Por ello es por lo que quienes se acercan a Unamuno, contemplando su obra desde la acera de enfrente, sencillamente no la ven, sino muy deformada. Quienes tal hacen obran con mala fe. Explicar y exponer una obra supone meterse dentro de ella, juzgándola desde sus propios puntos de vista, cosa que Agüero ha querido hacer. No posee todavía la suficiente madurez intelectual para intentarlo con éxito, pero, por lo menos es el suyo un espíritu inquieto y activo, que ha probado el vino añejo, rancio y fuerte, de la curiosidad intelectual.

W. D. JOHNSON

Box 22615
Texas Women's University
Denton 76204

JOSÉ M. VINUESA: *Unamuno: persona y sociedad*. Madrid, E. Zero, 1970.

El libro de Vinuesa pretende proseguir los análisis en torno a la ontología de Unamuno, iniciados por François Meyer, en su libro *L'ontologie de Miguel de Unamuno*, derivándolos, por un lado hacia las ideas antropológicas de Unamuno, fundadas en esa ontología, y, por otro, hacia el examen de las relaciones que Unamuno cree descubrir —a la luz de esas ideas— entre el individuo y la sociedad. Se trata de un tomo delgado: un libro de bolsillo, pero es denso el contenido, apretada la exposición. Empieza con una brevísima biografía, pasando luego a hacer ver cómo es de la esencia misma de la conciencia —la vida— humana ser contradictoria: señala el carácter irreductible de la oposición entre vida y razón, entendida ésta como la entiende la razón moderna; describe la polaridad igualmente irreductible que Unamuno cree ver en la vida de la conciencia, es decir, el conflicto entre la conciencia, que lo es del cuerpo, siendo, por tanto, conciencia de límite (ser consciente es cobrar conciencia de límites, de distinciones, etc., saber hasta dónde yo soy yo y dónde empieza el